

Richard
Powers

EL CLAMOR DE LOS BOSQUES

Traducido del inglés por Teresa Lanero

Título original: *The Overstory*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2018 by Richards Powers

© de la traducción: Teresa Lanero Ladrón

de Guevara, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-444-3

Depósito legal: M. 13.351-2016

Printed in Spain

Para Aida

El mayor deleite que provocan los campos y los bosques es la sugerencia de una relación oculta entre el hombre y la planta. No estoy solo ni soy ignorado. Ellos me hacen señas con la cabeza y yo a ellos. Para mí, el balanceo de las ramas durante la tormenta es nuevo y viejo. Me sorprende, pero no es desconocido. Su efecto es como el de un pensamiento elevado o una emoción superior que me embarga, cuando consideraba que estaba pensando o actuando correctamente.

RALPH WALDO EMERSON

La Tierra podría estar viva, pero no como la veían los antiguos —una Diosa sensible, con un propósito y una visión de futuro—, sino más bien como un árbol. Un árbol que existe con apacibilidad, que nunca se mueve, excepto para balancearse con el viento, aunque no deja de conversar con la luz del sol y con el suelo. Utiliza la luz del sol, el agua y los nutrientes minerales para crecer y cambiar tan imperceptiblemente que, para mí, el viejo roble del prado sigue siendo el mismo que cuando yo era pequeño.

JAMES LOVELOCK

Árbol... te observa. Miras a árbol, él te escucha. No tiene dedo, no sabe hablar. Pero esa hoja..., él bombea, crece, crece por la noche. Mientras duermes sueñas algo. Árbol y hierba, también.

BILL NEIDJIE

Raíces

Al principio no había nada. Después hubo de todo.

En ese momento, después de anochecer, en un parque sobre una ciudad occidental, el aire derrama una lluvia de mensajes.

Hay una mujer sentada en el suelo, apoyada en un pino. La corteza, dura como la vida, le oprime la espalda. Las agujas del árbol perfuman el ambiente y una fuerza bulle en el corazón del bosque. Los oídos de la mujer sintonizan las frecuencias más bajas. El árbol dice cosas con palabras anteriores a las palabras.

Dice: El sol y el agua son preguntas siempre dignas de respuesta.

Dice: Una buena solución debe ser reinventada muchas veces, desde el principio.

Dice: Cada pedazo de planeta necesita que lo aferren de una forma nueva. Existen más modos de ramificarse de los que un lápiz de cedro hallaría jamás. Las cosas pueden viajar a cualquier sitio; para ello, no hay más que permanecer inmóvil.

Eso es justo lo que hace la mujer. Las señales llueven a su alrededor como semillas.

Esta noche las palabras recorren largas distancias. Las curvaturas de los alisos hablan de antiguos desastres. Los filamentos de las pálidas flores de castaño sacuden su polen; pronto se convertirán en frutos con púas. Los álamos repiten el murmullo del viento. Los caquis y nogales muestran sus cebos, y los serbales, sus racimos color rojo sangre. Los viejos robles blanden profecías del clima venidero. Los varios cientos de tipos de espino se ríen del

nombre común que han de compartir. Los laureles insisten en que ni siquiera la muerte es algo por lo que se deba perder el sueño.

Algo en el olor del aire insta a la mujer: Cierra los ojos y piensa en el sauce. El llanto que ves será inexacto. Imagina una espina de acacia. Nada en tu mente será tan afilado. ¿Qué se cierne sobre ti? ¿Qué flota sobre tu cabeza en este instante, *ahora*?

Incluso los árboles más lejanos se unen: Sea cual sea la forma en que nos imaginas —manglares embrujados subidos en zancos, la pica invertida de la mirística, los troncos nudosos del árbol del elefante, el misil vertical de un sal—, no son más que amputaciones. Los de tu especie nunca nos veis enteros. Os perdéis la mitad o más. Bajo tierra siempre hay tanto como arriba.

Ese es el problema de la gente, la raíz de todo. La vida pasa a su lado desapercibida. Aquí mismo, muy cerca de ellos. En la creación del suelo. En el ciclo del agua. En el intercambio de nutrientes. En la formación del clima. En la construcción de la atmósfera. En la alimentación, curación y refugio de más tipos de criaturas de las que son capaces de contar.

Un coro de bosque vivo le canta a la mujer: Si tu mente fuera solo un poco más verde, te inundaríamos de verdad.

El pino en el que está apoyada dice: Escucha. Hay algo que debes oír.

Nicholas Hoel



Es época de castañas.

La gente arroja piedras a los troncos gigantes. Los frutos caen a su alrededor en un granizo divino. Sucede este domingo en innumerables lugares, desde Georgia hasta Maine. Arriba, en Concord, Thoreau hace acto de presencia. Siente que está lanzando piedras a un ser sensible, con una conciencia más apagada que la suya, pero al fin y al cabo de su misma sangre. *Los viejos árboles son nuestros padres, acaso los padres de nuestros padres. Si aprendierais los secretos de la Naturaleza, derrocharíais más humanidad...*

En Brooklyn, en Prospect Hill, el recién llegado Jørgen Hoel se ríe de la fuerte lluvia que provocan sus lanzamientos. Cada vez que acierta con la piedra, caen paladas de comida. Los hombres se tiran al suelo como ladrones para llenar gorras, bolsas y bajos de pantalones con las castañas que se desprenden de sus cubiertas de erizo. Helo ahí, el legendario banquete gratis de América: una bendición más, caída del cielo en un país donde hasta las migajas vienen de la mesa de Dios.

El noruego y sus amigos de los astilleros navales de Brooklyn se comen su premio asado sobre grandes fogatas en un claro del bosque. Las castañas carbonizadas reconfortan más de lo que se puede explicar con palabras: son dulces y sabrosas, exquisitas como un boniato, sencillas y misteriosas a la vez. Su cáscara de púas pincha, pero su «no» es más una provocación que un impedimento. Los frutos «quieren» liberarse de su protección espino-

sa. Todos se ofrecen voluntarios para que los coman, de manera que sean otros los que se dispersen por el campo.

Aquella noche, ebrio de castañas asadas, Hoel le pide matrimonio a Vi Powys, una irlandesa que vive en las casas de madera de pino que están a dos manzanas de su bloque, en los confines de Finn Town. Nadie en cinco mil kilómetros a la redonda tiene nada que objetar. Se casan antes de Navidad. En febrero, ya son estadounidenses. En primavera, los castaños vuelven a florecer y sus amentos, largos e hirsutos, se balancean con el viento como las olas espumosas del glauco Hudson.

Con la nacionalidad aparece también la sed de ver el ancho mundo. La pareja reúne sus enseres y viaja por tierra a través de las grandes extensiones de pinos blancos del Este, los oscuros hayedos de Ohio y los robledales del Medio Oeste hasta llegar al poblado próximo a Fort Des Moines, en el nuevo estado de Iowa, donde las autoridades proporcionan tierras recién parceladas a cualquiera que desee cultivarlas. Sus vecinos más cercanos se encuentran a tres kilómetros de distancia. Durante ese primer año aran y plantan veinte hectáreas. Maíz, patatas y judías. El trabajo es brutal, pero es suyo. Mejor que construir barcos para el ejército de cualquier país.

Más tarde llega el invierno a las praderas. El frío pone a prueba sus ganas de vivir. Las noches en la cabaña agrietada les congelan la sangre. Todas las mañanas tienen que romper el hielo de la pila del agua para lavarse la cara. Pero son jóvenes, libres y resueltos: los únicos patrocinadores de su existencia. El invierno no los mata. De momento. En su interior, la desesperación más negra se condensa en forma de diamante.

Cuando llega de nuevo la época de sembrar, Vi se queda embarazada. Hoel apoya la oreja en la barriga de su esposa y ella se ríe al ver su cara de asombro.

—¿Qué dice?

Él contesta con su inglés cortante y seco:

—¡Dame de comer!

Aquel mes de mayo, Hoel descubre que tiene seis castañas en el bolsillo de la chaqueta desde el día que le pidió matrimonio a su

esposa. Las aplasta contra la tierra del oeste de Iowa, en la pradera sin árboles que rodea la cabaña. La granja está a cientos de kilómetros del ámbito natural de los castaños y a mil seiscientos kilómetros de los banquetes de castañas de Prospect Hill. A Hoel cada mes le cuesta más recordar aquellos bosques verdes del Este.

Pero así es América, donde los hombres y los árboles emprenden los viajes más inesperados. Hoel planta, riega y piensa: «Algún día, mis hijos sacudirán los troncos y comerán gratis».

* * *

Su primogénito muere a una edad temprana por algo que todavía no tiene nombre. Aún no existen los microbios. Dios es el único que se lleva a los niños, que arrebató incluso las almas sin nombre y las traslada de un lugar a otro en función de proyectos oscuros.

Uno de los seis castaños no brota. Pero Jørgen Hoel mantiene con vida el resto de las semillas. La vida es una batalla entre el Creador y Su creación. Hoel se vuelve experto en la lucha. Sacar adelante a los árboles es una minucia en comparación con las otras guerras que sostiene a diario. A finales de la primera temporada, sus campos están llenos y sus mejores plantas ya miden más de medio metro de altura.

Pasados cuatro años, los Hoel tienen tres hijos y el esbozo de un castañar. Los arbolitos crecen espigados, sus troncos marrones se cubren de lenticelas. Las abundantes hojas, festoneadas, dentadas y espinosas, eclipsan a las ramitas de donde crecen. Aparte de estos retoños y de varios robles bur en las llanuras, la granja es una isla en un mar herboso.

Incluso esos brotes enclenques tienen utilidad.

Infusión de árboles jóvenes para problemas cardíacos,
hojas de retoños para curar heridas,
tisana fría de corteza para detener la hemorragia tras el parto,
agallas tibias para reducir el ombligo del bebé,

hojas hervidas con azúcar morena para la tos,
cataplasmas para las quemaduras, hojas para rellenar un
colchón que chirría,
un extracto para la desesperación, cuando la angustia es
demasiada...

Los años se alternan, gordos y flacos; y, aunque la media tiende a la escualidez, Jørgen detecta una tendencia al alza. Cada año, al arar, rompe más tierra, y la futura mano de obra Hoel sigue creciendo. Vi se encarga de ello.

Los árboles se espesan como si estuvieran embrujados. El castaño es rápido: *En lo que tarda un fresno en construir un bate de béisbol, un castaño construye un aparador*. Te inclinas para observar el plantón y te salta un ojo. Las grietas de su corteza se arremolinan como postes de barbero a medida que el tronco se eleva y se retuerce. Con el viento, las ramas alternan el verde oscuro con otro más claro. Los globos de hojas se agitan en busca de más sol. Ondean en el húmedo agosto del mismo modo que la esposa de Hoel sacude el pelo suelto, que antaño fue ámbar. Para cuando regresa la guerra al joven país, los cinco troncos ya han superado en altura a quien los plantó.

El implacable invierno del 62 trata de llevarse a otro niño, pero se conforma con uno de los árboles. El hijo mayor, John, destroza otro durante el verano siguiente. Al niño no se le pasa por la cabeza que si lo despoja de la mitad de las hojas para usarlas como monedas de juguete, acabará con él.

Hoel le tira del pelo a su hijo.

—¿A que no te gusta que te lo hagan a ti? ¿A que no?

Le parte la cara de un bofetón. Vi interviene para detener la paliza.

La llamada a filas llega en el 63. Los jóvenes y los solteros van primero. A Jørgen Hoel, con treinta y tres años, esposa, hijos pequeños y varios cientos de hectáreas, le conceden una prórroga. Nunca ayudará a proteger América. Tiene un país más pequeño que salvar.

De nuevo en Brooklyn, un poeta enfermero de los unionistas agonizantes escribe: «Una hoja de hierba no es menos que el día de trabajo de las estrellas». Jørgen no leerá estas palabras. Las palabras le parecen una estafa. Solo el maíz, las alubias, las calabazas —todo lo que crece— revelan la mente silenciosa de Dios.

Con la nueva primavera, los tres árboles supervivientes estallan en flores color crema. Su olor es acre, fuerte, ácido, como el de los zapatos viejos o la ropa interior sucia. Luego llega una pequeña cantidad de castañas dulces. Incluso esa reducida cosecha les recuerdan, a él y a su exhausta mujer, al maná que les reunió aquella noche en el bosque del este de Brooklyn.

—Habrá fanegas enteras —dice Jørgen. Su mente ya está preparando pan, café, sopa, bizcocho, salsas..., todas las delicias que los nativos saben que ese árbol proporciona—. Lo que nos sobre lo venderemos en el pueblo.

—Regalos de Navidad para los vecinos —decide Vi.

Pero son los vecinos quienes deben mantener a los Hoel con vida durante la brutal sequía de ese año. Otro de los castaños muere de sed durante una temporada en la que ni el futuro merece recibir una gota de agua.

Pasan los años. Los troncos marrones empiezan a teñirse de gris. Un rayo en un otoño seco, con pocos objetivos lo bastante altos, cae sobre uno de los dos castaños restantes. Su madera, que podría haber servido para todo, desde cunas a ataúdes, arde en llamas. Con lo que se salva no puede construirse ni un taburete de tres patas.

El único castaño que queda florece, pero las flores no tienen otras flores que lo polinicen. No existen parejas disponibles en incontables kilómetros a la redonda, y un castaño, a la vez macho y hembra, es incapaz de polinizarse a sí mismo. Sin embargo, este árbol guarda un secreto en el delgado y vivo cilindro que hay bajo su corteza. Sus células obedecen a una fórmula antigua: *Quédate quieto. Espera*. Algo en el solitario superviviente sabe que se puede resistir más allá de la irrefutable ley del Ahora. Hay trabajo por hacer. Un trabajo de las estrellas y a la vez de la tierra. Como dice

el enfermero de los muertos unionistas: «Serena y firme ante un millón de universos». Tan serena y firme como la madera.

La granja sobrevive al caos de la voluntad de Dios. Dos años después de la batalla de Appomattox, entre mover la tierra, arar, plantar, seleccionar, desherbar y recolectar, Jørgen termina la nueva casa. Las cosechas vienen y se van. Los hijos de Hoel se adentran en los surcos junto a su padre, que es como un mulo. Las hijas se casan con otros granjeros vecinos y se dispersan. Aparecen aldeas. El camino de tierra que bordea la granja se convierte en una carretera.

El hijo pequeño trabaja en la Oficina de Impuestos del condado de Polk. El mediano entra en un banco de Ames. El mayor, John, se queda en la granja con su familia y se ocupa de ella cuando sus padres se debilitan. John Hoel se une a la velocidad, al progreso y a la maquinaria. Compra un tractor de vapor que ara y trilla, cosecha y ata. La máquina brama mientras trabaja como un ser liberado del infierno.

Para el último castaño, todo esto sucede en un par de nuevas hendiduras, en una pulgada de anillos de más. El árbol aumenta de tamaño. Las espirales de su corteza ascienden como la Columna de Trajano. Sus hojas festoneadas continúan convirtiendo la luz solar en tejido. No se contenta con sobrevivir; prospera formando una esfera verde saludable y vigorosa.

Durante el segundo junio del nuevo siglo, Jørgen Hoel yace en la cama, en la habitación decorada con madera de roble de la planta de arriba de aquella casa que él mismo construyó, una habitación de la que ya no puede salir, desde cuya buhardilla ve un cardumen de hojas que nadan y brillan en el cielo. El tractor de vapor de su hijo martillea en la sección norte de la granja, pero Jørgen Hoel confunde ese sonido con el de la tormenta. Las ramas lo llenan de motas. Hay algo en esas hojas verdes y dentadas, un sueño de antaño, una visión de crecimiento y florecimiento que vuelve a derramar un festín alrededor de su cabeza.

Se pregunta: ¿qué hace que la corteza se retuerza y dé vueltas de ese modo en un árbol tan recto y tan ancho? ¿Podría ser el giro de la Tierra? ¿Está intentando atraer la atención de los hombres? Setecientos años antes, un castaño de Sicilia, de sesenta metros de diámetro, cobijó de la tormenta a una reina española y a sus cien caballeros. Ese árbol sobreviviría otros cien años más al hombre que nunca oyó hablar de él.

—¿Te acuerdas de Prospect Hill? —le pregunta Jørgen a la mujer que le agarra la mano—. ¡Cómo comimos aquella noche! —Asiente mirando las frondosas ramas y la tierra que se extiende por detrás—. Yo te di eso. Y tú me diste... ¡todo esto! Este país. La vida. La libertad.

Pero la mujer que le sostiene la mano no es su esposa. Vi murió cinco años antes por una infección en los pulmones.

—Duérmete —le dice su nieta mientras le coloca la mano sobre el ajado pecho—. Estamos todos en la planta de abajo.

John Hoel entierra a su padre junto al castaño. Una valla de hierro de casi un metro rodea ahora la dispersión de tumbas. El árbol de encima proyecta sombra con la misma generosidad sobre los vivos que sobre los muertos. El tronco ya es demasiado ancho para que John lo abrace, y la falda de ramas más bajas queda fuera de su alcance.

El castaño Hoel se convierte en un punto de referencia en la zona, lo que los granjeros llaman un «árbol centinela». Las familias se orientan con él durante sus paseos dominicales. Los lugareños lo utilizan como indicación para los viajeros, como un faro solitario en un mar de cereal. La granja prospera. Ya hay un capital inicial suficiente para criar animales y crecer. Una vez fallecido su padre e independizados sus hermanos, John Hoel tiene libertad para adquirir máquinas. La caseta de aperos se llena de segadoras, aventadoras y agavilladoras. Viaja a Charles City para ver el primer tractor de dos cilindros impulsado con gasolina. Cuando llegan hasta allí las líneas telefónicas, contrata una, pese a su elevado

precio y a que nadie en la familia entiende qué hay de bueno en tener teléfono.

El hijo del inmigrante se rinde a la enfermedad del progreso años antes de que exista una cura efectiva para ella. Se compra una Kodak Brownie n.º 2. *Usted pulsa el botón, nosotros hacemos el resto.* Ha de enviar el carrete a Des Moines para que lo revelen y lo impriman, un proceso que enseguida sale varias veces más caro que la cámara de dos dólares. Fotografía a su mujer vestida con ropa de calicó y con la sonrisa torcida, inclinada sobre el nuevo escurridor mecánico para la colada. Fotografía a sus hijos manejando la cosechadora, montados en caballos de tiro de dorso hundido frente a los cabezales. Fotografía a los miembros de la familia engalanados para Pascua, con sombrero y pajarita. Cuando ya no queda nada por fotografiar en su pequeño sello de correos de Iowa, John vuelve la cámara hacia el castaño Hoel, su coetáneo.

Pocos años antes, le compra un zoopraxiscopio a su hija pequeña por su cumpleaños, pero la niña se cansa enseguida y es él quien lo utiliza. Ahora esos escuadrones de gansos voladores y esas procesiones de caballitos trotones que cobran vida cuando el tambor de cristal da vueltas le animan el cerebro. Un proyecto grandioso se le pasa por la cabeza: decide que, durante los años que le queden, va a capturar la imagen del árbol para ver su aspecto a la velocidad del deseo humano.

Construye un trípode en el taller. Sitúa una piedra de afilar rota en una loma cercana a la casa. El primer día de primavera de 1903, John Hoel coloca la Brownie n.º 2 y toma un retrato completo del castaño centinela, a modo de muestra. Un mes después, desde el mismo punto y a la misma hora, toma otro. El día veintuno de cada mes sube a la loma. Se convierte en un ritual, llueva, nieve o haga un calor sofocante: su liturgia privada de la iglesia del Dios Vegetativo en Expansión. Su esposa se burla de él sin piedad, al igual que sus hijos: «Se cree que el árbol va a hacer algo interesante».

Cuando reúne las doce imágenes en blanco y negro del primer año y las hojea con el pulgar, apenas justifican su proyecto. En un

momento dado, se ve que el árbol fabrica hojas de la nada. En la siguiente imagen, se las entrega a una luz espesa. El resto del tiempo, las ramas se limitan a resistir. Pero los granjeros son hombres pacientes puestos a prueba por las estaciones crueles, y si no estuvieran solos por los sueños de la creación, pocos seguirían arando primavera tras primavera. El 21 de marzo de 1904, John Hoel asciende de nuevo a la loma, como si él también tuviera otros cien o doscientos años para documentar lo que el tiempo oculta para siempre a simple vista.

A tres mil quinientos kilómetros al este, en la ciudad donde la madre de John Hoel cosía vestidos y el padre construía barcos, una tragedia se cierne sin previo aviso. Un asesino se cuela en el país, desde un país asiático, en la madera de los castaños chinos destinados a los jardines ornamentales. Un árbol del zoológico del Bronx toma en julio los colores de octubre. Las hojas se curvan y se tuestan como la canela. Unos anillos naranjas se esparcen por la corteza hinchada. Con la mínima presión, la madera se hunde.

Al cabo de un año, esas manchas naranjas salpican los castaños de todo el Bronx; son los esporocarpos de un parásito que ya ha matado a su huésped. Cada contagio libera una horda de esporas en la lluvia y el viento. Los jardineros municipales organizan un contraataque. Cortan las ramas infectadas y las queman. Rocían los árboles con sulfato de cobre y cal desde coches de caballos. Sin embargo, lo único que hacen es extender las esporas con las hachas que utilizan para derribar a las víctimas. Un investigador del Jardín Botánico de Nueva York identifica al asesino: se trata de un hongo nuevo para el hombre. Publica los resultados y se marcha de la ciudad, para huir del calor estival. Cuando regresa pocas semanas después, ya no queda un solo castaño que salvar.

La muerte avanza por Connecticut y Massachusetts a razón de trescientos kilómetros al año. Cientos de miles de árboles sucumben. Un país entero observa sobrecogido cómo el preciado castaño de Nueva Inglaterra se esfuma. El árbol de la industria del cur-

tido, las traviesas del ferrocarril, los vagones de tren, los postes de telégrafo, el combustible, las vallas, las casas, los establos, los escritorios, las mesas, los pianos, los cajones, la pulpa del papel, la sombra y el alimento gratis e interminable —el árbol más recolectado del país— está desapareciendo.

Pensilvania intenta crear un cortafuegos de varios cientos de kilómetros que cruce el estado. En Virginia, en el flanco norte del mayor castaño del país, la gente reclama una vuelta a la religión con el fin de limpiar el pecado que la plaga esconde. El árbol perfecto de América, la columna vertebral de toda la economía rural, de la industria maderera, la duradera secuoya del Este, con tres docenas de usos industriales —la cuarta parte de los árboles que crecen a lo largo de ochocientos mil kilómetros cuadrados, desde Maine hasta el Golfo—, está maldito.

Las noticias de la plaga no llegan al oeste de Iowa. John Hoel regresa a su loma el 21 de cada mes, haga el tiempo que haga. El castaño Hoel sigue elevando el nivel de la marca de agua de sus hojas. «Persigue algo —piensa el granjero como única incursión en la filosofía—. Tiene un plan.»

La noche previa a su cincuenta y seis cumpleaños, John se despierta a las dos de la mañana y palpa la cama como si buscara alguna cosa. Su mujer le pregunta qué sucede. Él contesta entre dientes: «Pasará». Ocho minutos después, muere.

Los dos hijos mayores heredan la granja. El primogénito, Carl, quiere acabar con los costes del ritual fotográfico. Frank, el segundo, necesita redimir la década de investigación oscura de su padre, de manera que continúa la tarea con la misma obstinación que el árbol emplea en expandir su copa. A lo largo de más de cien fotografías, la película muda más antigua, más corta, más lenta y más ambiciosa jamás rodada en Iowa comienza a revelar el objetivo del árbol. Una ojeada de las distintas tomas muestra que el sujeto se alarga y tantea el cielo en busca de algo. Tal vez de una pareja. De más luz. La vindicación del castaño.

Cuando Norteamérica por fin se une a la conflagración mundial, Frank Hoel es enviado a Francia con el Segundo Regimiento de Caballería. Hace prometer a su hijo de nueve años, Frank Jr., que seguirá tomando fotos hasta que regrese. Es un año de promesas a largo plazo. La imaginación que le falta al chico se compensa con su obediencia.

Lo absurdo del destino hace que Frank padre consiga salir del hervidero de Saint-Mihiel para que un proyectil de mortero lo haga picadillo en Argonne, cerca de Montfaucon. Sus restos son tan escasos que no dan para ponerlo en una caja de pino y enterrarlo. La familia elabora una cápsula del tiempo con sus gorras, sus pipas y sus relojes y la entierra en la parcela familiar, bajo el árbol que él fotografió todos los meses durante un espacio de tiempo demasiado breve.

* * *

Si Dios tuviera una Brownie, fotografiaría otro acontecimiento animado y breve: el momento en que la plaga se cierne sobre los Apalaches, en el corazón del país de los castaños, un momento antes de caer en picado sobre ellos. Si los castaños del norte eran majestuosos, los árboles del sur son auténticos dioses. Forman hileras casi continuas a lo largo de kilómetros. En las Carolinas, esos troncos más antiguos que América miden tres metros de ancho y más de treinta de alto. Bosques enteros de estos árboles florecen en nubes blancas onduladas. A partir de su hermosa madera de grano recto, se levantan montones de comunidades de montaña. Un solo árbol puede generar hasta catorce mil planchas. Las reservas de alimento, que cubren el suelo hasta la pantorrilla, dan de comer a condados enteros y aumentan cada año.

Ahora los dioses se están muriendo, todos. La fuerza de la ingenuidad humana no es capaz de detener el desastre que asola el continente. La plaga avanza por cordilleras enteras y arrasa una cumbre tras otra. Una persona situada en un mirador sobre las montañas meridionales podría observar la conversión ondulante

de los troncos en esqueletos grisáceos. Los leñadores recorren una docena de estados para cortar todo lo que el hongo no se ha llevado por delante. El flamante Servicio Forestal los alienta. «Al menos usen la madera antes de que se estropee.» Y en esa misión de salvamento, los hombres matan cualquier árbol que pueda contener el secreto de la resistencia.

Una niña de cinco años de Tennessee que ve aparecer las primeras manchas naranjas en su bosque mágico no tendrá nada que mostrar a sus hijos, salvo unas cuantas fotos. Nunca verán la vestimenta madura y plena del árbol, nunca conocerán la imagen, el sonido y el olor de la infancia de su madre. Millones de tocones muertos echan brotes que luchan por salir adelante, año tras año, antes de morir de una infección obstinada que nunca desaparecerá. Hacia 1940, el hongo extermina todo lo que encuentra, hasta las hileras más alejadas del sur de Illinois. Cuatro mil millones de árboles en su entorno nativo pasan a la leyenda. Aparte de unos cuantos focos de resistencia secretos, los únicos castaños que quedan son aquellos que los pioneros se llevaron lejos, a estados que quedan fuera del alcance de las esporas.

Frank Hoel Jr. mantiene la promesa que le hizo a su padre mucho tiempo después de que su padre se haya desvanecido en recuerdos borrosos en blanco y negro, sobreexposados. Todos los meses el chico añade una foto a la caja de bálsamo. Pronto es adolescente. Luego, joven. Vive por inercia, del mismo modo que la extensa familia Hoel sigue celebrando el día de San Olaf sin recordar qué es.

Frank Jr. no padece de imaginación. Ni siquiera es capaz de oírse a sí mismo mientras piensa: «Es muy posible que odie este árbol. Es muy posible que también lo quiera más de lo que quise a mi padre». Los pensamientos pueden no significar nada para un hombre que carece de un verdadero deseo independiente, que ha nacido bajo el objeto al que está encadenado y que está destinado a morir debajo de él. Piensa: «Esto aquí no pinta nada. No le hace bien a nadie, a menos que lo talemos». Sin embargo, hay meses en

que, a través del visor, la copa extendida se muestra ante sus sorprendidos ojos como el molde del mismísimo significado.

En verano, el agua asciende por el xilema y dispersa, a través de los millones de pequeñas bocas del envés de las hojas, varios centenares de litros al día, que se evaporan desde la ligera copa del árbol hasta el aire húmedo de Iowa. En otoño, las hojas amarillentas llenan de nostalgia a Frank Jr. En invierno, las ramas desnudas traquetean y zumban sobre los montones de nieve con sus yemas desafiladas en reposo, casi siniestras de tanto esperar. Y cada primavera, por un momento, los amentos verde claro y las flores color crema introducen pensamientos en la cabeza de Frank Jr., unos pensamientos que él no sabe elaborar.

El tercer fotógrafo Hoel sigue tomando fotos, al igual que sigue acudiendo a la iglesia mucho tiempo después de decidir que todo el mundo creyente ha sido engañado con cuentos de hadas. El inútil ritual fotográfico le otorga a su vida un sentido, algo que ni siquiera la agricultura le proporciona. Es un ejercicio mensual consistente en prestar atención a algo que la merece, una criatura tan inalterable y reticente como la vida.

El montón de fotos alcanza la cifra de quinientas durante la Segunda Guerra Mundial. Frank Jr. se detiene una tarde a mirar las fotos. Se siente como el niño que le hizo una promesa inoportuna a su padre cuando tenía nueve años. Pero el árbol, a cámara rápida, ha cambiado y ahora resulta irreconocible.

Cuando desaparecen todos los árboles maduros del área de distribución del castaño, el árbol Hoel se convierte en una curiosidad. Un dendrólogo de la ciudad de Iowa acude para confirmar el rumor: un castaño ha escapado del holocausto. Un periodista de *The Register* escribe un artículo sobre uno de los últimos árboles perfectos de Norteamérica. «Más de mil doscientos lugares al este del Misisipi llevan la palabra *castaño* en su nombre. Sin embargo, es necesario venir a un condado rural del oeste de Iowa para ver uno real.» La gente corriente, que viaja entre Nueva York y San Francisco por la nueva autopista que discurre por uno de los laterales de la granja Hoel, no ve más que esa úni-

ca fuente de sombra en medio de las solitarias llanuras de maíz y soja.

En el amargo febrero de 1965, la Brownie n.º 2 se rompe. Frank Jr. la sustituye por una Instamatic. El montón de fotos se vuelve más grueso que cualquier libro que haya intentado leer jamás. Cada una de las imágenes muestra ese árbol solitario que menosprecia el asombroso vacío que él conoce tan bien. Siempre que abre el objetivo, la granja está a su espalda. Las fotos lo esconden todo: los años veinte, que para ellos no tienen nada de locos. La Depresión, que les cuesta ochenta hectáreas y que manda a la mitad de la familia a Chicago. Los programas de radio, que alejan de la agricultura a dos de los hermanos de Frank Jr. La muerte de Hoel en el Pacífico Sur y la culpabilidad de los dos Hoel supervivientes. La maquinaria Deere y Caterpillar desfilando por el cobertizo. El granero, que una noche se convierte en cenizas entre los gritos indefensos de los animales. Las docenas de bodas, bautizos y graduaciones llenos de felicidad. La media docena de adulterios. Los dos divorcios, tan tristes como para acallar a las aves. El fracaso de uno de los hijos en las elecciones locales. El juicio entre primos. Los tres embarazos sorpresa. La prolongada guerrilla de los Hoel en contra del pastor local y de media parroquia luterana. Los efectos de la heroína y del agente naranja, que llegan con los sobrinos desde Vietnam. El incesto silenciado, el alcoholismo persistente, la fuga de una hija con su profesor de Lengua del instituto. Los cánceres (mama, colon, pulmón), la enfermedad cardíaca, la mano desollada de un trabajador con la barena de grano, la muerte en accidente de coche del hijo de uno de los primos la noche del baile de fin de curso. Las incontables toneladas de sustancias químicas con nombres como Rage, Roundup y Firestorm, y las semillas patentadas diseñadas para producir plantas estériles. Las bodas de oro en Hawái y sus desastrosas consecuencias. La dispersión de jubilados por Arizona y Texas. Las generaciones de rencor, valentía, paciencia y generosidad inesperada. Todo lo que un ser humano denominaría «historia» sucede fuera del encuadre de estas fotos. Dentro, a lo largo de cientos

de estaciones rotativas, no hay más que ese árbol solitario, cuya corteza agrietada se alza en espiral hacia la mediana edad, creciendo a la velocidad del bosque.

La extinción acecha la granja Hoel y todas las granjas familiares del oeste de Iowa. Los tractores se vuelven demasiado monstruosos; los vagones de ferrocarril llenos de fertilizante de nitrógeno, demasiado caros; la competencia, demasiado amplia y eficiente; los márgenes, demasiado estrechos, y el suelo, demasiado gastado debido a los repetidos cultivos en línea para obtener beneficio. Cada año las enormes granjas de monocultivo, implacablemente productivas, absorben a un nuevo vecino. Como cualquier humano que se enfrenta a la catástrofe, Frank Hoel Jr. se dirige a ciegas a su destino. Se endeuda. Vende hectáreas y derechos. Firma tratos que no debería con las compañías de semillas. Está seguro de que «el año que viene» algo acudirá para salvarlos, como siempre ha sucedido.

En total, Frank Jr. añade setecientas cincuenta y cinco fotos del gigante solitario a las ciento sesenta que tomaron su padre y su abuelo. El día 21 del último abril de su vida, con Frank Jr. confinado en la cama, es su hijo quien viaja a la granja desde su casa, a cuarenta minutos de distancia, para subirse a la loma y tomar una nueva foto en blanco y negro, ahora llena de exuberantes ramas. Eric se la muestra al anciano. Eso es más fácil que intentar decirle a su padre que lo quiere.

Frank Jr. esboza una mueca con sabor a almendras amargas.

—Escucha. Hice una promesa y la mantuve, pero tú no le debes nada a nadie. Deja en paz al maldito árbol.

Es posible que también le ordene al castaño gigante que deje de extenderse.

Tres cuartos de siglo se suceden en un golpe de cinco segundos. Nicholas Hoel hojea la pila de un millar de fotos mientras observa el significado secreto de aquellas décadas. A sus veinticinco años, regresa durante un breve espacio de tiempo a la granja donde ha

pasado todas las Navidades de su vida. Tiene suerte de estar allí, dada la cantidad de vuelos cancelados debido a las tormentas de nieve, que entran desde el oeste y obligan a permanecer en tierra a los aviones de todo el país.

Él y sus padres han acudido en coche para estar con su abuela. Mañana, más familiares llegarán desde todas partes del estado. Al repasar las fotos, los recuerdos de la granja regresan: las vacaciones de su infancia, el clan al completo reunido alrededor del pavo o cantando villancicos, las banderas y los fuegos artificiales del solsticio de verano. De algún modo, todo está codificado en ese árbol animado, las reuniones de cada temporada en las que pasaba con sus primos varios días de exploración y aburrimento entre el maíz. Al hacer retroceder las fotos, Nicholas siente que los años se despegan como el papel de pared en contacto con el vapor.

Y siempre los animales. Primero los perros, sobre todo los de tres patas, locos de alegría cada vez que la familia de Nick enfilaba el largo carril de grava para llegar a la granja. También el cálido aliento de los caballos y la sensación de rigidez del pelo de las vacas. Las serpientes colándose entre los tallos cosechados. Una madriguera de conejos encontrada por azar debajo del buzón. Los gatos medio salvajes que salieron de debajo del porche delantero, un día de julio, oliendo a misterio y a leche cortada. Los pequeños regalos de ratones muertos en la puerta trasera de la granja.

La película de cinco segundos desencadena escenas primordiales. El merodeo por el cobertizo de la maquinaria, con los motores y las herramientas arcanas. Las reuniones de los Hoel en la cocina, con el suelo de linóleo mohoso y agrietado, mientras las ardillas daban golpecitos en los nidos ocultos entre los travesaños de las paredes. Las excavaciones con sus dos primos pequeños, en las que, con unas viejas palas de madera, se pasaban horas abriendo zanjas de las que Nick aseguraba que pronto brotaría magma.

Se sienta arriba, junto al escritorio de persiana del estudio de su fallecido abuelo, para revisar el proyecto que ha sobrevivido a cuatro generaciones de artífices. De todo el cargamento contenido en la granja Hoel —los cientos de tarros de galletas y bolas de nie-

ve, la caja del desván que contiene los viejos boletines de notas de su padre, el órgano con pedales rescatado de la iglesia donde su bisabuelo fue bautizado, los juguetes anticuados de su padre y sus tíos, los bolos de madera de pino relucientes y la increíble ciudad con imanes por debajo de las calles—, este montón de fotos siempre ha sido el único tesoro del que nunca se ha cansado. Cada foto por sí sola no muestra más que aquel árbol que él escalaba con tanta frecuencia, tan a menudo que podía trepar incluso con los ojos cerrados. Pero al pasarlas una tras otra, bajo su pulgar crece una columna corintia de madera llena de vigor y de grietas. Tres cuartos de siglo se suceden en menos de lo que se tarda en bendecir la mesa. Una vez, cuando tenía nueve años y fueron a la granja para la cena de Pascua, Nick repasó el montón tantas veces que su abuelo le dio una bofetada y escondió las fotos en la balda más alta del armario con olor a naftalina. En cuanto todos los adultos bajaron de nuevo, Nick se subió a una silla y recuperó el montón.

Es su patrimonio, el emblema de los Hoel. Ninguna otra familia del país tenía un árbol como el árbol Hoel. Y ninguna otra familia en Iowa podría igualar ese proyecto fotográfico multigeneracional realizado por pura extravagancia. Aun así, los adultos parecían haber jurado no decir nunca qué destino tenía el proyecto. Ni sus abuelos ni su padre le explicaron el sentido del grueso folioscopio. Su abuelo dijo una vez: «Se lo prometí a mi padre y él se lo prometió al suyo». Aunque en otra ocasión también confesó: «Te hace ver las cosas de un modo diferente, ¿a que sí?». Así era.

En la granja fue donde Nick comenzó a dibujar. Los sueños a lápiz de los niños —cohetes, coches disparatados, ejércitos masificados, ciudades imaginarias— se volvían más detallados y barrocos cada año. Luego vinieron texturas más silvestres, observadas de forma directa: el bosque de pelo del lomo de una oruga y los mapas tormentosos del grano de los tablones. Fue en la granja, ebrio de folioscopio, cuando comenzó a dibujar ramas, tumbado bocarriba durante un 4 de julio, mientras miraba el extenso árbol y todos los demás lanzaban herraduras. Existía cierta geometría en esa escisión constante, cierto equilibrio entre los diversos an-

chos y longitudes que excedían sus poderes artísticos. Al dibujar, se preguntaba a qué tendría que parecerse su cerebro para distinguir cada una de las hojas lanceoladas de una determinada rama y ser capaz de reconocerlas con la misma facilidad que los rostros de sus primos.

La película mágica vuelve a proyectarse y, en menos tiempo del que tarda el brócoli blanco y negro en transformarse de nuevo en un gigante que palpa el cielo, el niño de nueve años abofeteado por su abuelo se convierte en adolescente, se enamora de Dios y reza por las noches, aunque rara vez es capaz de dejar de masturbarse al imaginar a Shelly Harper, así que se aleja de Dios y se acerca a la guitarra, lo detienen por medio porro de hierba, lo condenan a seis meses en un reformatorio próximo a Cedar Rapids —donde dibuja durante horas todo lo que ve a través de las ventanas enrejadas de su dormitorio— y se da cuenta de que necesita pasarse la vida haciendo cosas extrañas.

Estaba convencido de que su idea no sería muy bien recibida. Los Hoel eran granjeros, propietarios de negocios de alimentación para animales y comerciales de maquinaria agrícola; gente extremadamente práctica anclada en la lógica de la tierra y destinada a trabajar durante largas jornadas, año tras año, sin preguntar por qué. Nick se preparó para un enfrentamiento, algo propio de aquellas novelas de D. H. Lawrence que le habían ayudado a sobrevivir al instituto. Ensayó su intervención durante semanas, la lengua se le trababa ante lo absurdo de su petición: «Papá, me gustaría mucho sobrepasar la frontera del sentido común a tu costa y declararme inútil para trabajar».

Eigió una noche de principios de primavera. Su padre estaba en un sofá del porche, como muchas otras noches, leyendo una biografía de Douglas MacArthur. Nicholas se sentó a su lado en una butaca. A través de la mosquitera entraba una dulce brisa que le despeinaba.

—¿Papá? Necesito ir a la escuela de arte.

Su padre miró por encima del libro como si observara las ruinas de su linaje.

—Suponía que sería algo así.

Y de ese modo Nick se fue, su atadura se aflojó lo suficiente como para llegar al Loop de Chicago y tener la libertad de probar todos los defectos inherentes a su propio deseo.

En la escuela de Chicago, aprendió varias cosas:

1. Que la historia humana era la historia de un hambre cada vez más confusa.
2. Que el arte no era nada de lo que él creía.
3. Que la gente era capaz de hacer cualquier cosa que se le pasase por la cabeza. Intrincados retratos tallados en la punta de un lápiz. Cacas de perro recubiertas de poliuretano. Excavaciones que parecían pequeñas naciones.
4. Que eso te hace ver las cosas de un modo diferente, ¿o no?

Sus compañeros se reían de sus pequeños bocetos a lápiz hiperrealistas y sus trampantojos, pero él seguía realizándolos, curso tras curso. Y en tercero, se volvió conocido. Casi envidiado.

Una noche de invierno, durante el último año, en su cuartito alquilado en Rogers Park, tuvo un sueño. Una estudiante de la que estaba enamorado le preguntaba: «¿Qué quieres hacer en realidad?». Él levantó las manos al cielo y se encogió de hombros. Entonces se le formaron en las palmas de las manos unos pequeños pozos de sangre de los que crecieron dos espinas ramificadas. Presa del pánico, recuperó la conciencia. Tuvo que pasar media hora antes de que su corazón se calmara lo suficiente como para darse cuenta del origen de esas espinas: provenían de las fotos a cámara rápida del castaño que plantó el padre gitano-noruego de su tata-rabuelo, ciento veinte años atrás, cuando se inscribió en aquella escuela a distancia de arte primitivo en las llanuras occidentales de Iowa.

Nick se sienta junto al escritorio y vuelve a hojear las imágenes. El año pasado ganó el premio Stern de Escultura, concedido por el Instituto de Bellas Artes de Chicago. Este año es reponedor en unos famosos grandes almacenes de Chicago, que llevan agoni-

zando durante un cuarto de siglo. De acuerdo, ha obtenido un título que le autoriza a elaborar artefactos particulares con los que avergonzar a sus amigos y enfadar a los desconocidos. En Oak Park hay un almacén repleto de disfraces de carnaval de papel maché y de decorados surrealistas creados para un espectáculo que se estrenó en un pequeño teatro de Andersonville y que cerró al cabo de tres noches. Pero con treinta y cinco años, el vástago de un largo linaje de granjeros quiere creer que su mejor obra puede estar aún por llegar.

Es el día antes de Nochebuena. Los Hoel se marcharán en masa al día siguiente, pero su abuela ya está encantada. Esos días en los que la vieja casa, con sus corrientes de aire, se llena de descendientes son su razón de vivir. Ya no queda nada de la granja, solo la casa en su colina aislada. Todas las tierras de los Hoel llevan mucho tiempo arrendadas a organizaciones que las gestionan desde oficinas situadas a cientos de kilómetros. La tierra de Iowa ha llegado a su racionalizado final. Pese a todo, por unos instantes, estas vacaciones serán todo nacimientos milagrosos y niños salvadores en pesebres, como siempre fueron las Navidades de los Hoel durante ciento veinte años.

Nick baja las escaleras. Es media mañana y su abuela, su padre y su madre hacen corrillo alrededor de la mesa de la cocina, donde fluyen los rollitos de nueces pecanas y las desgastadas fichas de dominó que parecen pequeños chicles. Fuera la temperatura ha descendido más allá de lo gélido. Para paliar los vientos polares del norte que se cuelan por las paredes de cedro, Eric Hoel ha subido la temperatura de la vieja estufa de propano. El fuego arde en la chimenea, hay comida suficiente para alimentar a «los cinco mil», y un televisor nuevo, tan grande como el estado de Wyoming, retransmite un partido de fútbol que a nadie le interesa.

Nicholas dice:

—¿Quién se viene a Omaha?

Hay una exposición sobre paisajes americanos en el Museo Joslyn, a solo una hora de distancia. Cuando lanzó la idea anoche, los viejos mostraron interés, pero ahora miran a otro lado.

Su madre sonríe, avergonzada.

—Me siento un poco griposa, cariño.

Su padre añade:

—Estamos muy a gusto aquí, Nick.

Su abuela asiente con aire aturdido.

—Vale —contesta Nicholas—. ¡Vosotros os lo perdéis! Volveré para cenar.

La nieve, incesante, barre la carretera interestatal. Pero él es del Medio Oeste y su padre no sería su padre si no le hubiera puesto al coche neumáticos para nieve virgen. La exposición «Paisajes americanos» es espectacular. Con solo ver los Sheeler ya siente un ataque de celosa gratitud. Permanece en el museo hasta que lo echan. Cuando se marcha, es de noche y la nieve se arremolina por encima de sus botas.

Encuentra el camino de vuelta y emprende la interestatal hacia el este. La carretera está completamente blanca. Los conductores lo bastante locos como para viajar con ese tiempo se pegan a las luces traseras de los otros coches y forman una lenta procesión sobre la nieve. El surco que Nick deja no guarda la menor relación con la línea de la carretera que discurre más abajo. Las bandas sonoras de la cuneta están tan cubiertas de nieve que no las oye cuando pasa por encima de ellas.

Debajo de un viaducto, choca con una placa de hielo liso. El coche patina. Nick se abandona a la trayectoria libre y conduce como si el coche fuera una cometa, hasta que se endereza por sí mismo. Enciende y apaga las luces largas mientras trata de decidir cuáles son menos cegadoras contra la cortina de nieve. Al cabo de una hora, ha recorrido casi treinta kilómetros.

En el túnel negro de nieve se produce una escena que parece la visión nocturna de un documental sobre policías. Un camión articulado de dieciocho ruedas cruza la mediana y gira por el carril de la izquierda a gran velocidad, como un animal herido, a cien metros de Nick. De un volantazo, lo esquivo y se mete en la cuneta de la derecha. La cola derecha del coche golpea el quitamiedos. El morro izquierdo roza el neumático trasero del camión. Cuando

deja de derrapar, tiembla tanto que no puede conducir. Consigue llegar a una zona de descanso plagada de conductores varados.

Hay una cabina delante del baño. Llama a la casa, pero las líneas están cortadas. Es la noche previa a Nochebuena y el teléfono se ha caído en todo el estado. Está convencido de que sus padres estarán preocupadísimos, pero lo único sensato que puede hacer es acurrucarse en el coche y dormir un par de horas hasta que todo haya pasado y las quitanieves hayan retirado los restos de la rabia de Dios.

Poco antes de que amanezca, retoma el camino. Casi ha dejado de nevar y los coches circulan ya en ambas direcciones. Muy despacio, se dirige a casa. Lo más difícil es subir la pequeña cuesta para salir de la interestatal. Consigue recorrer ese tramo y tomar la carretera que lleva a la granja. El camino está bloqueado. A lo lejos se ve el castaño Hoel, cubierto de blanco, como una única aguja en el horizonte. En las ventanas superiores de la casa brillan dos pequeñas luces. No se imagina qué harán levantados tan temprano. Alguien se habrá quedado despierto toda la noche esperando noticias suyas.

La carretera hasta la casa está enterrada en la nieve. La vieja quitanieves de su abuelo todavía está en el cobertizo. A estas alturas, su padre debería haberla utilizado al menos un par de veces. Nick lucha contra la nieve amontonada, pero es demasiada. Deja el coche a mitad de camino y recorre a pie el último trecho hasta la casa. Al empujar la puerta delantera, grita con voz cantarina:

—¡Uf, de noche de paz, nada!

Pero no hay nadie abajo que le ría la gracia.

Más tarde se preguntará cómo no se dio cuenta allí mismo, junto a la puerta. Pero todavía tiene que avanzar hasta los pies de la escalera, donde su padre yace cabeza abajo con los brazos en ángulos imposibles, como adorando el suelo. Nick grita y se lanza a ayudarlo, pero no hay ayuda que valga. Se levanta y sube los escalones de dos en dos. Todo está tan claro como la Navidad, no hace falta saber nada más. Arriba, las dos mujeres están acurrucadas en sus habitaciones y nada puede despertarlas: un sueño tardío el día de Nochebuena.

Una sensación de mareo le sube por las piernas y el torso. Se está ahogando en alquitrán. Corre escaleras abajo, donde la vieja estufa de propano todavía está encendida, emitiendo el gas que asciende y se acumula de manera invisible bajo el techo que el padre de Nick aisló recientemente. Nick sale dando tumbos por la puerta principal, tropieza con los escalones del porche y se cae sobre la nieve. Se revuelca por el blanco congelado, entre jadeos, hasta que se recupera. Cuando levanta la vista, todo está en las ramas del árbol centinela, solitario, enorme, fractal y desnudo contra la nieve, que alza las ramas inferiores y sacude su ancha copa. Cada una de sus ramitas pródigas cruje con la brisa como si también este momento, tan insignificante, tan transitorio, estuviera escrito en sus anillos, como si sus ramas se dispusieran a rezar mientras agitan sus señales de banderas contra el más azul de los cielos invernales del Medio Oeste.